

Francisco López Acebal y sus aportaciones a la cultura española del siglo XX

Enmarcado cronológicamente por dos ambiciosos proyectos culturales, como fueron el de La España Moderna (1889-1914), dirigido por José Lázaro Galdeano¹, y el de la Revista de Occidente (1923)², fundado por José Ortega y Gasset, al iniciarse el siglo XX nacía una empresa que compartiría un mismo planteamiento formal: la creación de una revista cultural, titulada *La Lectura* (1901-1920), que tras diez años de vida generó una editorial aneja con el mismo nombre (1910-1930). Era el proyecto cultural de La Lectura (1901-1930), comparable a los otros dos mencionados, que desarrollaría una intensa actividad receptora y difusora en España a lo largo del primer tercio del siglo XX.

Detrás de este proyecto cultural de La Lectura latía la presencia de una persona que, tanto física como ideológicamente, animaba la realización y el avance de la empresa. Francisco Acebal se convirtió en pieza imprescindible del proyecto que había fundado, en el que desempeñó la función de director literario de la revista y de la editorial aneja.

(1) Vid. Raquel Asún Escartín, *El proyecto cultural de La España Moderna y la literatura (1889-1914). Análisis de la revista y de la editorial*. Tesis Doctoral, inédita, Barcelona, Facultad de Filología, Universidad de Barcelona, enero 1979.

(2) Vid. Evelyne López Campillo, *La «Revista de Occidente» y la formación de minorías (1923-1936)*, Madrid, Taurus, 1972.

Semblanza e ideología

Francisco López Acebal era el verdadero nombre de quien firmaba literariamente como «Francisco Acebal». Había nacido en Gijón el 5 de abril de 1866. Sus padres fueron José Antonio López Sánchez, abogado de profesión, que desempeñó el cargo de funcionario de Aduanas en Cuba, donde falleció, y Josefa Acebal Laviada; de ella tomó el apellido como primero para su firma literaria.

En Gijón, Francisco Acebal recibió la instrucción escolar, y en el Instituto Jovellanos, de la misma ciudad, cursó el primer año de Bachillerato. En 1877, su familia se trasladó a Madrid, donde continuó sus estudios, como alumno interno, en el colegio de los Padres Escolapios de San Fernando. Tras el bachillerato, y sin convicción ni entusiasmo, estudió Derecho en la Universidad Central de Madrid, donde se licenció en Leyes. Posteriormente, se graduó de abogado y, con poca vocación, se inició en el ejercicio de esta profesión. Tempranamente, ya en su adolescencia, había sentido una gran inclinación a las Letras, que prefirió potenciar cuando ya había adquirido una estabilidad profesional.

El propio Francisco Acebal evocaba sus años de infancia y juventud en una carta dirigida a Andrés González Blanco:

«Nací hace muchísimos años en un pueblo costero del Cantábrico. Recuerdo mi infancia y mi adolescencia como dos edades tristes. Fui un infante seriecito, formalote y aplicado, con lo cual me preparé una juventud sin alegría. Sólo en la virilidad me percaté de que la vida es una obra nuestra, una novela más que nosotros hacemos, algo a nuestro gusto, algo al gusto ajeno: al gusto de la mujer que se interpone.

Yo hallé una. Otra mejor no pude hallarla, porque es el equilibrio de mis sueños de poeta.

Soy, naturalmente, inclinado a la vida plácida. Esquivo por igual a la burguesía y a la bohemia; creo, como Porto-Riche, que esta última es la forma social del raté.

Tengo una idea turbia de haber cursado las aulas universitarias, unas aulas sucias, polvorientas y embrutecedoras.

En literatura obtuve la honrosa calificación de suspenso, que me adjudicó un señor que llamaban Moguel.»³

En junio de 1892, Francisco López Acebal se casó con María de Albacete Gil y Zárate, hija de una distinguida familia madrileña. Su esposa había sido educada en la Institución Libre de Enseñanza, donde había adquirido una rica formación intelectual. José Pijoan, en carta a Juan Maragall, transmitía su impresión sobre las personas que rodeaban a Francisco Giner de los Ríos, y describía la presencia de Acebal y su esposa como la de «un asturiano de ojos de mar, casado con una institucionista «archi-franciscana».»⁴ El matrimonio López Acebal-Albacete Gil y Zárate tuvo dos hijos: José María y María; ella se casó con Rafael Fernández-Hermosa. La familia de López Acebal residió en el número 3 de la calle Alberto Lista, hoy José Ortega y Gasset, en Madrid, en un edificio propiedad del conde de Romanones.

En esta ciudad, Acebal encontró un ambiente cultural adecuado, en el que pudo desarrollar toda una rica trayectoria intelectual. Sólo una grave enfermedad le impidió seguir dedicándose plenamente al mundo de las letras. El mal de Parkinson le fue imposibilitando gradualmente en el desempeño normal de sus funciones administrativas en la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, el último cargo que conservaba.

El 5 de septiembre de 1933, Francisco López Acebal moría en su casa de Madrid. El suceso no tuvo ninguna repercusión importante en la prensa de la capital, y esta noticia se convirtió en un hecho cotidiano. Los periódicos más destacados de la

(3) Francisco Acebal, «Memento auto-bio-bibliográfico», en Andrés González Blanco, *Los contemporáneos. Apuntes para una Historia de la Literatura hispanoamericana a principios del siglo XX*, París, Garnier Hermanos Libreros-Editores, 1907, vol. I; p. 146.

(4) Archivo Maragall, Correspondencia inédita de Pijoan con Maragall, 1908. Cito por M^a Dolores Gómez Molleda, *Los reformadores de la España contemporánea*, Madrid, C.S.I.C., 1981; p. 310, n. 1. La autora puntualiza: «Es interesante la calificación de archi-franciscanismo usada por Pijoan, calibrando el grado de los distintos miembros del grupo gineriano.»

época, como *El Imparcial*, *El Heraldo de Madrid* o *El Sol*, no dieron noticia de su fallecimiento en los días posteriores. Sólo el diario *ABC* publicó una esquela y una breve nota con una foto de Francisco López Acebal⁵.

El filólogo Tomás Navarro Tomás recordaba la figura de Francisco Acebal, su aspecto y sus modales:

«Recuerdo a Acebal sobre todo como un verdadero caballero en la corrección de su trato y en la distinción de sus maneras; lo era también en las líneas de su fisonomía y en la compostura de su figura.»⁶

Francisco Acebal, por motivos familiares y por similitud ideológica, mantuvo unas excelentes relaciones con los centros culturales madrileños más importantes y prestigiosos de la intelectualidad española de ese tiempo: el Ateneo Científico, Literario y Artístico de Madrid y la Institución Libre de Enseñanza.

En el Ateneo de Madrid, Francisco Acebal fue tercer secretario de la mesa de la Sección de Literatura bajo la presidencia de Juan Valera, en la Junta de Gobierno presidida por Antonio Cánovas del Castillo, en el curso de 1889-1890. También obtuvo el cargo de primer secretario de la mesa de la Sección de Música bajo la presidencia de Jesús Monasterio, en la Junta de Gobierno presidida por Segismundo Moret y Predesgast, en el curso de 1895-1896. Y desempeñó el cargo de segundo secretario de la mesa de Artes Plásticas bajo la presidencia de Aureliano de Beruete, en la Junta de Gobierno presidida por Segismundo Moret, en el curso 1900-1901⁷.

Con la Institución Libre de Enseñanza, fundada por Francisco Giner de los Ríos en 1876, Francisco Acebal mantuvo

(5) En *ABC* (6 y 7 de septiembre de 1933); s.p. y p. 2, respectivamente.

(6) Homero Serís, *Guía de nuevos temas de Literatura española*, Madrid, Castalia, 1973; p. 257.

(7) Francisco Villacorta Baños, *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid (1885-1912)*, Madrid, C.S.I.C., 1985; pp. 251, 276 y 302.

una doble vinculación. Por un lado, de carácter personal, por la formación educativa de su esposa. Y, por otro, de carácter ideológico, lo que le permitió desempeñar el cargo de vicesecretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, organismo de la Institución, desde su fundación, en 1907, hasta la muerte de Acebal, al lado del secretario José Castillejo, que era considerado el «alma» de la Junta para Ampliación de Estudios⁸. Muestras de esta relación «fraternal» entre Acebal y Castillejo son las referencias que aparecen en el epistolario de éste, y las cartas que se envían entre ellos⁹, llenas de opiniones y juicios sobre la labor en la Junta, y de confidencias personales, como las sesiones musicales que se organizaban los sábados en casa de Acebal

Francisco Acebal también fue vocal del Comité directivo de la Residencia de Estudiantes, entre 1910 y 1920, bajo la presidencia de Ramón Menéndez Pidal¹⁰. En ambos cargos desempeñados, Acebal prestó toda su dedicación entusiasta y su valiosa colaboración. La concepción ideológica y los principios pedagógicos que regían en la Institución influyeron considerablemente en la postura ética de Francisco Acebal, como afirmaba Homero Serís:

«Fue colaborador, junto con José Castillejo, de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Tan modesto y discreto como Castillejo, no fue menos útil y provechoso para el progreso de la investigación de la cultura española, orientando, guiando y auxiliando a cuantos jóvenes estudiantes laboraron y solicitaron el apoyo y dirección de la Junta. Formado en la inolvidable y siempre moderna escuela de

(8) Vid. Pablo de Azcárate, «José Castillejo y la Junta para Ampliación de Estudios», *Ínsula*, 209 (abril, 1964); p. 6.

(9) *Epistolario de José Castillejo. 1 Un puente hacia Europa 1896-1909*, Madrid, Castalia, 1997. De Acebal a Castillejo, vid. pp. 377-378, 416-417, 429-430, 529-530. Y, entre otras, de Acebal a la familia de Manuel Bartolomé Cossío, vid. pp. 505-506; de Fernando de los Ríos a Acebal, vid. pp. 543-544; de Leopoldo Palacios a Acebal, vid. pp. 544-545; de Miguel de Unamuno a Acebal, vid. pp. 572-573.

(10) Carmela Gamero Merino, *Un modelo europeo de renovación pedagógica: José Castillejo*, Madrid, C.S.I.C., 1988; p. 128.

Francisco Giner de los Ríos, la Institución Libre de Enseñanza, se distinguió como uno de los más talentosos y entusiastas continuadores.»¹¹

La constante relación de Acebal con Francisco Giner de los Ríos, y particularmente con José Castillejo, le permitió colaborar con asiduidad en los centros dependientes de la Institución Libre de Enseñanza. Francisco Acebal debía conocer muy bien las dificultades educativas que sufría la sociedad española, y, de su relación con los grandes especialistas, estudiosos del tema y teóricos pedagógicos de ese momento, supo verter a la práctica muchas soluciones y propuestas educativas para mejorar el sistema escolar español y para que el nivel cultural de España pudiera compararse con el del resto de Europa. A partir de sus propias experiencias y de los conocimientos adquiridos, se declaró partidario de las escuelas de nueva orientación, y se propuso difundir las teorías educativas y las metodologías pedagógicas, junto al propósito de divulgar cuestiones de temática cultural y avances científicos y técnicos de esa época.

En esta rica atmósfera, impregnada de «institucionismo», Acebal pudo desarrollar sus propósitos ideológicos desde cargos de responsabilidad, a la vez que mantenía una constante actividad cultural, con la creación de la revista y de la editorial *La Lectura*, sin descuidar ninguna de las dos.

Creación y crítica literarias

La inclinación literaria de Francisco Acebal había nacido en sus años adolescentes. Aunque no cultivó formalmente esta decidida vocación hasta después de haber concluido su carrera universitaria, su primer trabajo fue publicado en el diario *El Comercio*, de Gijón. Con la lectura de obras diversas, comenzó a colaborar en varias publicaciones madrileñas, con mayor asiduidad en *El Español*, sin conseguir notoriedad alguna en el

(11) Homero Seris, *op. cit.*, p. 255.

intrincado mundo literario español de finales del siglo XIX. Sus colaboraciones literarias acreditaban una labor diestra al servicio de una sólida cultura y una fantasía original, pero siguió permaneciendo en la oscuridad.

En 1900 se presentó a un concurso literario que organizaba la revista ilustrada *Blanco y Negro*, cuyo jurado estaba compuesto por Benito Pérez Galdós, José Echegaray y José Ortega Munilla. Acebal logró el primer premio con su novela *Aires de mar*, que fue publicada en tres entregas con ilustraciones y una buena impresión, en los números 512, 513 y 514 (de enero a marzo de 1901) de dicha revista. Éste fue su primer éxito literario, y con su publicación, Acebal obtuvo el primer reconocimiento público. Gracias a sus siguientes producciones literarias, su renombre literario y su reputación se fueron consolidando. El propio Acebal confesaba:

«Mi vida de escritor comenzó en periódicos provincianos, hasta que Sánchez Guerra me llevó a escribir en *El Español*, no como redactor, ni de plantilla, sino como cronista.

Probé mi pluma de novelista en un concurso de *Blanco y Negro*; y en vista de que no me suspendieron, seguí escribiendo. Seguiré escribiendo, porque sólo escribiendo vivo.»¹²

Como escritor en prosa, su inventiva se distinguió principalmente por el casticismo, la corrección y la elegancia del estilo, y por el uso de un léxico apropiado, ajustado a la tersura y perfección de la idea que quería expresar. Acebal se convirtió en un escritor de exquisita sensibilidad y de fino estilo, con un discurso muy rico de imágenes delicadas. Su prosa se caracterizaba por sus cualidades de fina observación, de psicologismo, y por el interés que comunicaba en sus novelas de costumbres. Al respecto, el crítico Andrés González Blanco afirmaba que:

«Hay en Acebal el estilista y hay el novelador. Con ser el primero tan original, tan límpido, tan abundante en matices insólitos, yo aprecio

(12) Francisco Acebal, art. cit.; p. 146.

mucho más al segundo, lleno de revelaciones y fecundo en promesas, como una tierra virgen que se abre a nuestra vista desde las riberas de una isla inexplorada. Este novelista nos ha dicho e intensamente nos ha hecho comprender lo que nadie hasta él, aquí en España, escudriñó con delectación: la poesía de los hogares, donde se elaboran dramas oscuros, los secretos de las almas enmohecidas en los estudios, los íntimos repliegues de los espíritus femeniles nacidos a la vida sentimental en las viejas ciudades que nadie visita, y por último, como en una anulación del hombre antiguo y un despertar del hombre nuevo, ciertas manifestaciones de la vida elegante y bohemia de los artistas, y la muerte de los modestos ensueños burgueses desgajados por la ventolera de las pasiones neurasténicas.»¹³

Tras *Aires de mar*, publicó, en el mismo año, otra novela, titulada *Huella de almas* (Madrid, La Lectura, 1901). Posteriormente dio a conocer *De buena cepa* (Madrid, Biblioteca Mignon, 1902), y otra con el título *Dolorosa* (Madrid, Librería General de Victoriano Suárez, 1904), que fue traducida al portugués por Alice Pestana «Caiel» (Lisboa, 1905), al inglés por Martin Hume (Londres, Archibald Constable and Company, 1906), y al holandés.

Otras novelas de costumbres son las tituladas *El Calvario* (Barcelona, Montaner y Simón, 1905), con ilustraciones de Salvador Aspirazu, y *Frente a frente* (Barcelona, Salvat, 1908), traducida al inglés por Martin Hume (Londres, Archibald Constable and Company, 1906). Acebal también escribió dos novelas cortas: *Rosa Mística* (Madrid, «Los Contemporáneos», 1909), y *Penumbra*, con el número 152 de *La Novela Semanal*, 7 junio 1924 (Madrid, Publicaciones Prensa Gráfica, 1924). Todas ellas son obras de singular emoción y belleza, y muchas han sido traducidas al inglés, francés, portugués y holandés.

Las obras de Francisco Acebal resultan de gran amenidad; en ellas el autor da muestra de su cultura, perspicaz observación y maestría en el arte de composición del relato. Según varios críticos de la época, sus novelas se encuentran entre las obras de los

(13) Andrés González Blanco, *op. cit.*; pp. 75-76.

más brillantes costumbristas españoles. En todas ellas se hace patente la influencia galdosiana y benaventina en la descripción de los ambientes, en la variedad del léxico empleado, y en la caracterización de los personajes, tanto en su aspecto exterior como en su psicología. González Blanco señalaba que:

«El léxico de Acebal es opulentísimo, repleto de expresivos arcaísmos, de palabras ricas en color y precisión. Sabiendo que el poeta debe ser como el orfebre, al escoger las palabras, que son piedras preciosas, rebusca en los antiguos maestros, y en los modernos autores de la literatura términos vibrantes, rítmicos y llenos de gracia, tales como *trompicar*, *grequería*, *desemblantado*, *bullaje*, *desemblanza*, *majencia*, *marejada*, *remorosamente*, *matoroso*, *fundir*, *verdeguero*, *garambaina*, *acuátil*, y otros. Su estilo sobrio y delicado, de colorido suave, encuadra maravillosamente el carácter de sus personajes. Hay bruscos esguinces y largos diálogos cortados, muchos monólogos sentimentales y discreto empleo de los diminutivos, como conviene a estas gentes diminutas también, con un alma tímida en la que cada vez se va haciendo más la sombra.

Siendo el más esmerado de los estilistas, es Acebal el menos estilista de nuestros jóvenes literatos. Escribe bien porque ha leído los clásicos, y ha leído a los modernos; porque no podría escribir mal, aunque se lo propusiera.»¹⁴

Acebal también publicó una serie de cuentos que, inicialmente, habían visto la luz en la revista *Blanco y Negro*, como el relato infantil titulado *Amores*, o, también, en el «Almanaque» de la *Ilustración Española y Americana*, y que fueron recogidos en un volumen, con el título *De mi rincón* (Salamanca, Calón, 1902), junto a varios artículos periodísticos. El relato titulado *El ama*, publicado en el citado «Almanaque», se recopiló en el volumen colectivo titulado *Cuentistas asturianos* (Madrid, Constancio Suárez, 1930). También fue autor de un «cuento en acción», titulado *El premio a la caridad* (Madrid, «El teatro en casa», s.a.).

La crítica coincidió al valorar las creaciones en prosa de Acebal, y las características de su estilo, de lo que hace mención Constantino Suárez al afirmar que:

(14) *Ídem.*; pp. 143-144.

«Francisco Acebal fue uno de los mejores novelistas y cuentistas españoles contemporáneos. Pluma en la que el castellano alcanzó desusadas galanuras y excelente buceadora de los sentimientos humanos en sus más delicados matices»¹⁵

Coincide con este juicio, el expresado por el crítico e historiador literario Federico Carlos Sainz de Robles, para quien Acebal fue, «ante todo, un escritor de exquisita sensibilidad y de fino estilo, muy rico de imágenes delicadas.»¹⁶

A pesar de que fuera más valorado como novelista que como dramaturgo, Francisco Acebal cultivó con cierta fortuna el drama y la comedia, géneros que le proporcionaron reconocidos éxitos. Algunas de sus obras teatrales fueron editadas en volumen, otras fueron publicadas en distintas revistas como *Helios* o *Renacimiento*, y otras han quedado inéditas. Sus piezas dramáticas se caracterizan por una inquietud vaga y por una gran expresividad, como en la comedia en tres actos titulada *Muñecos de barro*, que vio la luz en la revista *Renacimiento* (1907); o la comedia dramática en cuatro actos titulada *Nunca...* (Madrid, Sociedad de Autores, 1905). Las comedias en dos actos *A la moderna* (Madrid, *Renacimiento*, 1914) y *Los antepasados* (Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 1920) fueron estrenadas en el Teatro Lara. La comedia *Ráfagas de pasión* (Madrid, Sociedad de Autores, 1924), en tres actos, también se estrenó en dicho teatro. Y la última pieza teatral fue el drama en tres actos titulado *Un buen querer* (Madrid, Sociedad de Autores, 1928). Acebal dejó manuscrito un drama titulado *Rebelde*, inédito, aunque fue puesto en escena.

Francisco Acebal adaptó al teatro la novela *Misericordia*, de Benito Pérez Galdós, en forma de comedia en un acto, publicada en la revista *Helios* (5, mayo 1903), y fue traducida al francés.

(15) Constantino Suárez, *Escritores y artistas asturianos. Índice bio-bibliográfico*, Madrid, Imprenta de Sáez Hermanos, 1936, t. 1; p. 68.

(16) Federico Carlos Sainz de Robles, *Ensayo de un Diccionario literario*, Madrid, Aguilar, 1953; p.18b.

Y él fue el responsable de una «adaptación escénica en tres actos» de la novela galdosiana *El amigo Manso* (Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1917), en la que vierte el tema de la educación, sin perder la ironía y el humor que caracterizan el texto original. En ese mismo año, esta adaptación fue representada en el Teatro Odeón, de Madrid.

Acebal también cultivó la poesía, aunque de forma esporádica. Algunas de sus composiciones vieron la luz en 1907, en las páginas de la revista madrileña *Renacimiento*, y en otras publicaciones poéticas y literarias de la época.

La crítica valoraba esta dedicación de Acebal al mundo literario con consideraciones y reconocimientos públicos. En su labor creativa, adquiriría un prestigio cada vez mayor, como lo atestigua el elogio de Emilia Pardo Bazán, quien afirmaba que:

«Francisco Acebal, director de *La Lectura*, se cuenta entre los escritores españoles que reúnen a una cultura intelectual muy amplia el sentimiento más depurado y profundo.»¹⁷

Estas favorables opiniones críticas sobre la labor literaria de Francisco Acebal le permitieron iniciar distintas colaboraciones periodísticas en las más prestigiosas tribunas de opinión del momento, tanto de España como de América: *Helios*, *La Lectura*, *Hojas Selectas*, *Nuestro Tiempo*, *Blanco y Negro*, *ABC*, el «Almanaque» de *La Ilustración Española y Americana*, *La Nación*, de Buenos Aires, y *Diario de la Marina*, de La Habana, entre otros, en los que dio a conocer numerosos trabajos.

Acebal, entre otras muchas colaboraciones, dio a conocer su opinión en una encuesta que la revista *Nuestro Tiempo* realizó entre destacados novelistas del momento, como Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Jacinto Octavio Picón, entre otros. Al res-

(17) Emilia Pardo Bazán, «La nueva generación de novelistas y cuentistas», *Helios*, 12 (marzo 1904); s.p. Estudio que fue publicado, inicialmente, en la revista francesa *La Revue*.

pecto, Francisco Acebal reflexiona sobre los valores que deben caracterizar el género novelístico y el papel de los novelistas:

«Sí; la vida es una novela y la *prensa* es reflejo de la vida. Una colección de *diarios* será una colección de novelas, no sé si experimentales, pero sí experimentadas. Hasta la colección de la *Gaceta* contendrá el germen de la novela. Y puestas las cosas en tal estado, lo que Verne augura no es la muerte de la novela, sino la de los novelistas, y aun apurados los términos, ni aun los novelistas morirán, porque cada mortal lleva dentro su novela, la novela de su vida, y será cada hombre novelista de sí mismo.»¹⁸

En el número 9 de la revista regeneracionista *Alma Española*, Francisco Acebal firma un artículo dedicado a su tierra natal, titulado «Alma asturiana». En esta semblanza regional, su autor perfila los rasgos físicos y psicológicos de sus habitantes, los problemas gubernamentales, el paso de la agricultura a la industria, y lo que él denomina «la carencia de idealidad» del alma asturiana. Al final, Acebal apuesta por un futuro renovador encarnado en «otro Jovellanos»:

«Por esto, y por otras muchas cosas, si alguien me preguntase, ¿qué es lo que hoy necesita Asturias?, respondería sin vacilar: necesita en los umbrales del siglo XX otro Jovellanos como el que tuvo en los umbrales del XIX.»¹⁹

La buena aceptación del género cronístico por parte del público de la época hizo que Francisco Acebal escribiera varias series de colaboraciones de temática literaria y artística, publicadas en diversos periódicos, como las tituladas «Cartas de Acebal», que semanalmente veían la luz en las páginas del *Diario de la Marina*, de La Habana. Sus artículos y colaboraciones sobre diversos temas fueron publicados en *La Lectura*, en la sección titulada «De Norte a Sur», y en otras revistas culturales. Su dedicación periodística no le apartó, en ningún momento, del cultivo de la novela, los cuentos y la literatura dramática,

(18) Francisco Acebal, «El porvenir de la novela», *Nuestro Tiempo*, 23 (noviembre 1902); pp. 731-732.

(19) Francisco Acebal, «Alma asturiana», *Alma Española*, 9 (3 enero 1904); p. 4.

géneros en los que logró una reconocida fama intelectual y renombre social. El mismo Pío Baroja recordaba que:

«Francisco Acebal me dijo una vez que él no podía mirar la vida literaria con serenidad, y que cuando publicaba algo se pasaba semanas inquieto y nervioso, pensando en lo que iban a decir de él.»²⁰

Acebal escribió un prólogo a *El Evangelio de sangre* de Pablo Jacinto Loyson, en traducción de Miguel A. Ródenas y Manuel Abril (Madrid, Imprenta de los Hijos de M.G. Hernández, [1903]), publicado en *Helios* (9, septiembre 1903), y otro para una colección de artículos de Julián Martín Rubio, titulada *De Asturias* (Madrid, s.e., 1908).

También pronunció conferencias, aunque de forma más esporádica y circunstancial, como la disertación titulada *La política agraria de Jovellanos y la política hidráulica de Costa*, con la que participó en las tareas de Extensión Universitaria patrocinadas por el Ateneo de Madrid, en 1905.

La revista *La Lectura*

Junto a esta imparable dedicación literaria, la vida intelectual de Francisco Acebal se centró en los deberes que se impuso al aceptar la dirección literaria de la revista *La Lectura*. La fundación de este proyecto cultural²¹ comportaba una gran responsabilidad, que Acebal asumió con agrado. Esta empresa fue su mayor aportación al mundo cultural español de principios del siglo XX, que partió de la publicación de «una gran revista cultural»²², con el título de *La Lectura. Revista de Ciencias y de Artes*, entre los años 1901 y 1920, y generó la creación de una editorial

(20) Pío Baroja, *Memorias*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1944, vol. III; p. 72.

(21) Vid. Antonio Marco García, *El proyecto cultural de La Lectura (Madrid, 1901-1930). Análisis de la revista y de la editorial*, Barcelona, Servei de Publicacions de la Universitat de Barcelona, 1998. Tesis Doctoral en microforma.

(22) José-Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura: «Revista de Aragón» (1900-1905) y «Hermes» (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982; p. 64.

aneja, con una serie de publicaciones patrocinadas por la misma revista, y con el mismo nombre, entre 1910 y 1930.

En la compleja situación cultural española de principios de siglo, *La Lectura* se caracterizó por la aportación de una nueva perspectiva²³, convirtiéndose en vehículo de un considerable grupo intelectual, de ideología liberal y posición parainstitucionista, que mostraban su compromiso social. Era *La Lectura* una de las pocas revistas que, en palabras de José-Carlos Mainer:

«quisieron reflexionar sobre algo más que la perentoria actualidad y crear de ese modo una verdadera «vida literaria» en nuestro país»²⁴

En el «renacimiento intelectual español» de 1900, como anunciaba Fernando de los Ríos²⁵, la aparición de una nueva revista en el panorama cultural español creó grandes expectativas entre personalidades y figuras destacadas en el mundo intelectual de la época. Juan Valera, en carta fechada en Madrid, el 23 de noviembre de 1900, anuncia a Marcelino Menéndez Pelayo la publicación de dos nuevas revistas que inauguraban el siglo XX:

«Ya sabrá usted que anuncian, para año y siglos nuevos, la aparición de dos revistas literarias: una dirigida por un Sr. Acebal, que me es de todo punto desconocido, y costeada en grande por un *poderoso caballo blanco* extremeño y apellidado Velasco; la otra, dirigida y costeada por nuestro amigo Cotarelo [...]»²⁶

En otra carta del propio Valera, fechada el 2 de agosto de 1901, y dirigida a su sobrino, José Alcalá Galiano, el novelista le notificaba su colaboración en esta revista, y le animaba a su difusión en España y en el extranjero:

(23) Vid. Juan José Gil Cremades, *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo*, Barcelona, Ariel, 1969

(24) José-Carlos Mainer, *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Cátedra, 1983; p. 65.

(25) Fernando de los Ríos, *El renacimiento intelectual español en 1900*. México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1927.

(26) Miguel Artigas Ferrando; Pedro Sainz Rodríguez (eds.), *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo 1877-1905*, Madrid, Publicaciones de la Sociedad Menéndez Pelayo-Espasa-Calpe, 1946; p. 557, carta nº 390.

«No sé si te habrán enviado, pero yo he dicho que te envíen una nueva revista, titulada *La Lectura*, que se publica ahora en Madrid, por cuyo buen éxito me intereso, y donde escribo yo y otros sabios notables, y otros claros ingenios como Silvela, Moret, Danvila y la eximia e infatigable Doña Emilia Pardo Bazán.

Como yo no soy ni propietario ni director de la tal revista, no puedo enviártela de balde, pero no exijo tampoco que te gastes tu dinero en suscribirte a ella. Me contentaré con que la recomiendes a los españoles ricos, si alguno hay por ahí, y también a los franceses hispanófilos, si alguno existe en esa tierra. Diré, además, que si recibes *La Lectura*, la hojeas, hallas que puedes y quieres escribir algo que para *La Lectura* sea a propósito, lo escribas y me lo envíes.»²⁷

Y en otra carta, fechada el 18 de septiembre de 1901, y que dirige a su hija Carmen, Valera le comenta que a su tertulia asiste Francisco Acebal, el director de *La Lectura*, y le pregunta si ha recibido el número 9 de esta publicación.²⁸

El dramaturgo y crítico literario Gregorio Martínez Sierra, en carta al artista Enric Clarasó, fechada el 13 de junio de 1901, mencionaba la figura de Acebal, y valoraba esta aportación en el campo cultural español del momento:

«Francisco Acebal, literato distinguido, director de *La Lectura*, la revista más importante y seria de las que por estas tierras se publican [...]»²⁹

A lo largo de la vida de la revista, su director fue el máximo responsable, y desde su cargo logró mantener unidos el prestigio y la difusión de *La Lectura*, con la colaboración de afamadas firmas. En la *Bibliografía Española*, de 1901, aparecía como miembro de la Asociación de la Librería³⁰. Acebal se distinguió como uno de los más entusiastas continuadores de las propuestas de la «moderna escuela», que era la Institución Libre de Enseñanza.

(27) *Correspondencia de don Juan Valera (1859-1905) Cartas inéditas* (Cyrus C. De Coster, publ.), Madrid, Castalia, 1956; pp. 271-272, carta n° CXXV.

(28) *Ídem*; pp. 272-273, carta n° CXXVI.

(29) Isabel Coll i Mirabent, *Rusiñol*, Barcelona, Flama, 1990; p. 210.

(30) *Bibliografía Española. Revista Oficial de la Asociación de la Librería de España*, 1-2 (15 mayo 1901); p. 12.

Los responsables de *La Lectura* se propusieron cumplimiento de los propósitos expresados en el «Boletín de suscripción», en el que se anunciaba:

«El sumario da perfecta idea de la importancia de esta publicación a la vez que de su doble carácter doctrinal e informativo, de manera que logre ser un reflejo exacto, fidelísimo, del movimiento de las ideas en el mundo culto.

Para cumplir el fin doctrinal contendrán sus páginas todo cuanto afecte directa o indirectamente a la cultura española, mediante la asidua colaboración de los más eminentes pensadores, con cuyo eficaz e inmediato concurso contamos, cual muestra claramente el sumario que acompaña a este Boletín y demostrarán de igual modo los sucesivos.»

La dirección de *La Lectura* supo mantener constante, a lo largo de los años de vida de esta publicación, este doble propósito supeditado al enfoque plural de sus colaboradores, miembros de las jóvenes generaciones liberales y parainstitucionistas, que, con rigor y seriedad, presentaban sus trabajos con el fin de lograr un clima distinto, más europeísta, sin restarle valor a la esencia del «ser de España».

Como otras tribunas de opinión contemporánea, como *La España Moderna*, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, *Nuestro Tiempo* o *Cultura Española*, la revista *La Lectura* logró atribuirse una personalidad propia en el rico mundo hemerográfico español de entresiglos al ofrecer una visión innovadora en el tratamiento de los temas.

Esta revista aportó medios para abrir nuevos horizontes y dar nuevas orientaciones a la cultura española, llenar el vacío cultural que existía entre las publicaciones periódicas que, con rigor y crítica, ofrecían una perspectiva alejada de opiniones intransigentes y maniqueas al tratar los más diversos temas de actualidad. Esta revista se convirtió en espacio de opinión de los jóvenes núcleos del liberalismo español y de muchas figuras formadas y deudoras del espíritu institucionista. Luis Sánchez Granjel valoró el papel desempeñado por esta revista en el ambiente cultural que se respiraba en España:

«*La Lectura* contribuyó, no cabe dudar que de modo evidente, en el enriquecimiento del mundo cultural español, en una empresa que se inicia en las décadas finales de la pasada centuria para prolongarse, de manera prácticamente ininterrumpida, en el siglo actual.»³¹

Homero Serís mencionaba la dedicación de Francisco Acebal y su papel decisivo en el desarrollo de este proyecto:

«Aparte de la gestación de sus obras, la vida intelectual de Acebal se centraba en los deberes que le imponía la dirección de la revista *La Lectura*. Examen de los originales sometidos por los colaboradores, la aceptación o negativa, la selección, etc. Sólo como un detalle curioso, recojo aquí el hecho de haber rechazado un cuento de Valle-Inclán (éste lo llama «relación») titulado *Rosita*. Se recuerda la fecha del suceso: junio de 1903.»³²

En carta fechada el 9 de junio de 1909, de la que se deduce que es respuesta a otra enviada por el propio Acebal a Miguel de Unamuno solicitándole alguna colaboración para su revista, éste se justifica por motivos económicos:

«Respecto a eso de no enviar nada a *La Lectura* ya le hablaría. Es que no tengo tiempo, Leo más que nunca, preparo algunos libros y para prensa no escribo salvo a *La Nación*, de Bs As [Buenos Aires] y al *Imparcial* y esto para completar mi presupuesto de ingresos. Es cuestión económica. Ya ve usted, un artículo de *La Nación* me vale más que dos, tres o cuatro de otras partes. Y si me he reducido a esas dos publicaciones es por ser las que mejor me pagan. Usted mismo, con dirigir *La Lectura*, veo que escribe más en *La Nación* que en ella. Pero, en fin, veré...»³³

La editorial *La Lectura*

Como en otros proyectos de similares dimensiones, la revista *La Lectura* generó una editorial con el mismo nombre. La

(31) Luis Sánchez Granjel, «Biografía de *La Lectura* (1901-1920)», *Cuadernos hispanoamericanos*, 272 (febrero 1973); p. 314.

(32) Homero Serís, *op. cit.*; p. 256. La referencia a la relación de Acebal con Valle-Inclán, se debe a Delia M. de Zaccardi, «Síntesis cronológica de la vida y obra de Ramón del Valle-Inclán (1866-1936)» en *Ramón del Valle-Inclán. 1866-1936. Estudios reunidos en conmemoración del Centenario*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1966; pp. 39-52.

(33) *Epistolario de José Castillejo. 1 Un puente hacia Europa 1896-1909*, ed. cit.; p. 573.

ideología y el propósito pedagógico y cultural adquiridos por su director, en relación con la Institución Libre de Enseñanza, le motivaron a crear esta empresa editorial en 1910, que constaba de cinco colecciones y una aneja que reflejaban el intento institucionalista y gineriano de educar y formar a los miembros de la sociedad española. Homero Serís apuntaba:

«Finalmente, el buen éxito logrado por la revista le sugirió, acaso, la idea de formar una colección de publicaciones anejas, patrocinadas por la revista misma, y de allí brotó la serie de Clásicos Castellanos de «La Lectura». [...] Además de los Clásicos Castellanos, *La Lectura* patrocinó las series de publicaciones Ciencia y Educación y Biblioteca de Juventud. Sobre autores modernos circularon unos Cuadernos Literarios de «La Lectura.»³⁴

La editorial respondía al espíritu emanado de la Institución, y en las colecciones se hacían explícitas todas las concepciones institucionalistas enunciadas por Francisco Giner de los Ríos, Manuel Bartolomé Cossío, Ramón Menéndez Pidal, y José Castillejo, responsables de la Institución, de la Junta para Ampliación de Estudios, del Centro de Estudios Históricos, y de la Residencia de Estudiantes, respectivamente.

Las colecciones respondían a las necesidades y a la problemática del momento histórico, dentro del programa institucionalista, y se convertían en posibilidades para realizar con plenitud la reforma educativa y la modernización cultural que deseaba Giner. Tanto la colección «Clásicos Castellanos» (1910-1930), como la de «Ciencia y Educación» (1914-1930) y su aneja, la «Biblioteca de Juventud» (1914-1916), las «Obras Completas de Don Francisco Giner de los Ríos» (1916-1936), los «Cuadernos Literarios» (1924-1929), y los «Cuadernos de Ciencia y de Cultura» (1926-1929) se convirtieron en focos de interés en el campo editorial español de las segunda, tercera y cuarta décadas del presente siglo, y sus obras constituyeron una serie de volúmenes que circularon, con mayor o menor fortuna, durante todo el siglo XX.

(34) Homero Serís, *op. cit.*; pp. 256-257.

Estas colecciones editadas por La Lectura tuvieron una excelente recepción por parte del público lector, como lo demuestra el considerable aumento del pago anual que esta editorial debía realizar a Hacienda, según aparece en el Padrón de la Matrícula de la Contribución Industrial de Madrid³⁵, donde se especificaba que en el año 1917 y 1918, la cantidad a satisfacer fue de 532,22 pesetas, como la de José Lázaro Galdeano, el propietario y director de la editorial La España Moderna. Pero en el año 1922, la suma a pagar ascendía a 609,02 pesetas, como la de la editorial Calpe. En los años 1921 y 1922, las cantidades fueron de 913,54 pesetas, como el importe de la Librería de Fernando Fe.

Las personas que intervinieron en la publicación de las obras, autores, editores y traductores, estaban vinculadas, por formación o pertenencia, a la Institución; o por afinidad ideológica se sentían cercanos al espíritu institucionista de Francisco Giner de «crear un hombre nuevo para cambiar la sociedad». El mensaje gineriano aparecía implícito en los propósitos, los criterios de selección y la forma de publicar estos textos.

El diplomático y escritor Alfonso Reyes, colaborador en dos colecciones, apuntaba en su diario:

«He venido a «pretender en Corte», a ver de ganarme la vida, como el abuelo Ruiz de Alarcón. [...] Díez-Canedo me presenta con Acebal, en «La Lectura», para cuya colección de clásicos prepararé un Ruiz de Alarcón. El señor Acebal, mientras nos recibe, paladea un vaso de leche. A su lado, otra barba francesa, o mejor, del Greco: el poeta Juan Ramón Jiménez, atento, nervioso, con raras noticias médicas adquiridas a través de exquisitos males.»³⁶

El trabajo y la dedicación de Francisco Acebal en la editorial La Lectura supuso una importante aportación en el mundo cul-

(35) Cito por Pedro Pascual, *Escritores y editores en la Restauración canovista (1875-1923)*, Madrid, Ediciones de La Torre, 1994, vol. I; pp. 111 y ss.

(36) *Alfonso Reyes. Iconografía*, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio Nacional-El Colegio de México, 1989; p. 53.

tural español de esa época. Esta empresa editorial permitió la difusión de una serie de obras y de teorías que suponían un considerable avance cualitativo en los planteamientos y metodologías educativas y filológicas.

La presencia constante de Acebal en la dirección de este proyecto cultural resultó clave para poder desarrollar todo los propósitos iniciales, en una sociedad llena de cambios, como señala Hipólito Escolar:

«Esta situación cultural sufrió una gran transformación a lo largo de las tres primeras décadas, que en parte se debió a unos cuantos hombres que, por afán educativo y de regeneración del país, se lanzaron, con más ilusión que medios, a arriesgadas aventuras editoriales. Todos ellos, aunque algunos no nacieron en Madrid, vivieron en la capital y se consideraron madrileños.»³⁷

A la muerte de Francisco Acebal, en 1933, el proyecto que él había fundado y dirigido presentaba la siguiente situación: la revista cultural había dejado de publicarse en 1920; la editorial seguía ofreciendo volúmenes, sobre todo la colección «Clásicos Castellanos», que mantuvo su ritmo de edición, y la colección de «*Obras Completas* de Francisco Giner de los Ríos», que pudo publicarse en su totalidad. Los derechos de propiedad y de edición de ambas colecciones mencionadas fueron adquiridos por la Casa Editorial Espasa-Calpe. La figura de Francisco López Acebal se había convertido en imprescindible; el proyecto no podía seguir al faltar él.

Para lograr estos resultados, Acebal supo rodearse de un grupo de personas que, como él, se sentían al amparo del espíritu y la ideología de la Institución Libre de Enseñanza o, en su caso, de algunos de sus órganos dependientes, y del magisterio de Francisco Giner. En la realización de este proyecto cultural, todos los colaboradores pudieron poner en práctica los principios institucionistas y ginerianos: que la postura en la vida

(37) Hipólito Escolar, *Editores madrileños a principios del siglo XX*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1984; p. 10.

debía ser reflejo del propio pensamiento, que las acciones y los proyectos debían corresponderse a una concepción ético-estética del mundo, como había enunciado el propio Giner.

En coherencia con estos planteamientos, Francisco Acebal desarrolló una amplia actividad literaria, de creación y de crítica, y fundó y dirigió la revista cultural *La Lectura* y la editorial aneja a ésta, con el mismo nombre. Sin obtener grandes beneficios económicos, sino todo lo contrario, y a pesar de las dificultades y los problemas que surgían diariamente, Acebal supo conducir hasta sus últimos esfuerzos este proyecto cultural con el que su figura de escritor, promotor, fundador y director quedó identificada en el campo cultural de la España del primer tercio del siglo XX.

ANTONIO MARCO GARCÍA
Barcelona